

El club de los dos secretos

Mamá no para de hablar de ti, a todas horas. De lo suave que son tus manitas y cómo le apretaste el dedo nada más abrir los ojos, del colorete sonrosado de tus mejillas, de que no soltaste ni siquiera una lagrimilla cuando viste la luz. También papá, no te creas, habla de ti. Ayer en la escalera mismamente, el vecino que siempre tiene esa cara de gruñón le preguntó por lo sucedido y papá comenzó a relatarle todo. Es curioso, porque pude ver en los ojos del vecino un brillo diferente, ya no de amargo limón, más bien de melón bondadoso.

Yo recuerdo alegre ese día. Tía Carolina me llevó a desayunar al lado de su trabajo. Tú aún no la conoces, pero tía Carolina es genial. A mí me gusta mucho pintar, ¿sabes?, y ella, cuando viene a visitarnos, siempre me trae regalos: cuadernos de dibujo, todo tipo de lápices de colores, incluso lienzos y pinceles. Una vez me llevó a ver una exposición en la ciudad y me aseguró que algún día yo sería una gran artista y que, quizás, serviría de modelo en un futuro para otras chicas. Creo que tengo suerte porque ya sé lo que quiero ser con tan solo siete años: pintora. Bueno, lo que decía es que, ese día, me llevó a desayunar a una cafetería mientras esperábamos a que llegases. Nos sentamos en la terraza y yo me pedí un trozo de tarta de chocolate y un zumo de arándanos, y ella un té rojo. Me encanta el chocolate, eso ya lo descubrirás, y espero que a ti también te guste. Sin chocolate yo creo que no podría vivir, de eso estoy segura. ¡Es tan delicioso! Tía Carolina estaba hablándome de no sé qué cosas de las vacaciones del próximo verano.

Tía Carolina es, además de la mejor tía que podría tener, una persona muy inteligente, o eso es lo que dice mamá. Ellas dos son hermanas. Quiero mucho a mamá, pero es cierto que tía Carolina es más lista. Tiene su propia empresa de café: *La hornería*. No estoy muy segura, pero creo que distribuyen su café por un montón de lugares y que todo el mundo lo bebe. Por si fuera poco, tía Carolina es guapísima. Una Navidad vino con ella a una de las cenas familiares una amiga suya. Se querían mucho, pero ya no la he vuelto a ver. Aunque me dice tía Carolina que siguen siendo amigas y que un día iremos las tres a ver exposiciones.

Resulta que no escuché mucho lo que me estaba contando durante el desayuno. Me quedé observando cómo el vaho de su té rojo iba ascendiendo lentamente por el aire, y yo fluía con él. Era algo mágico. Dejé de percibir hasta el ruido de la gente que pasaba alrededor. Y, de repente, caí de golpe a la tierra, como en esos sueños que se tienen en los que vas descendiendo desde una inmensa torre y al llegar al suelo despiertas con el corazón a mil por hora. Volví de mis ensoñaciones al ver, a tan solo unos pasos de distancia, cómo una paloma chiquitina y regordeta estaba picoteando medio churro. Era una paloma blanca preciosa, con ligeras motas grises en sus dos alas. Me pareció tan maravillosa la imagen que no pude contener la risa e interrumpir a tía Carolina. Reímos las dos juntas. Nos pusimos a divagar sobre lo que estaría pensando la bonita paloma blanca en esos momentos: «Que sabroso almuerzo el de esta mañana, aunque le iría bien acompañarlo con una buena taza de chocolate». O una taza del café de mi tía, dije yo. En verdad, luego me dio un poco de pena la paloma. Seguro que le costaba encontrar comida todos los días, así que guardé un trocito de mi tarta para dárselo. Decidí preservar ese recuerdo en la memoria para dibujarlo más adelante y así todo el mundo contemplaría su belleza. Pero en mi cuadro, le concedería ese deseo de chocolate que seguro tenía en la cabeza. Chocolate. Lo ves, lo que decía. Si está en todas partes, hasta en los deseos ocultos de las palomas. Por eso, más te vale que lo devores conmigo siempre que haya en casa.

Fundaremos un club las dos juntas. Se llamará *El club de los dos secretos* y nadie más podrá entrar en él. Yo seré la presidenta, pues soy la mayor, hasta que aprendas a atarte los cordones. Los días de tormenta cogeremos todos los cojines de la casa y construiremos una fortaleza para protegernos. Ahí estaremos seguras tú y yo. Y con el terror que producen los truenos y relámpagos, nos hincharemos a comer montañas de chocolate. Si nos preguntasen mamá y papá, no podríamos decir nada.

Cada dos meses habrá una reunión oficial del club. Como yo seré la presidenta, tendré que encargarme del papeleo rutinario. Eso es una ventaja para ti, evito que entres de lleno en el tedioso mundo adulto. Lo más importante será la contraseña. Tanto al empezar las reuniones, como al acabarlas, habrá que decirla en voz alta con el puño alzado. Las contraseñas irán cambiando cada cierto tiempo, por si acaso alguien

las descubriera. Aunque si alguna vez se te olvidase la correspondiente a esa época, habría una de comodín: chocolate.

Tengo ganas de que te traigan a casa ya. Y mamá, y papá. Yo recordaba el día que naciste bastante feliz, por la paloma, tía Carolina, las risas y esas cosas. Pero papá y mamá desde ese día están raros. Hablan de ti, a todas horas. De lo suave que son tus manitas, del colorete sonrosado de tus mejillas. Los oigo llorar muchas veces. No quieren salir de casa y por eso viene todo el mundo a vernos. Está todo como apagado. De hecho, esta última semana no ha parado de llover y solo se ven nubes grises en el cielo. Vienen todos menos tú. ¿Se puede saber dónde te has metido? Me paso las horas dibujando en tu cuarto y mamá me dice que tenga cuidado con tu cuna porque la venderán. Debe ser que no les gusta. Es cierto que es un poco fea, aunque todavía no conocemos tus gustos, quizás te guste lo feo, quizás te parezca agradable el vecino de cara de limón. Tienes que conocer a tía Carolina, solo por ella ya tendrías que darte prisa.

¿Dónde estás, hermanita? *El club de los dos secretos* te necesita. Yo ya he dicho en voz alta y con el puño alzado la contraseña. Como tú no conoces la de ahora, dejaré que uses el comodín del chocolate. Esta noche habrá tormenta y en nuestra fortaleza voy a guardar un lugar para ti, para cuando decidas venir.